

*In memoriam*

# José G. Moreno de Alba

Gonzalo Celorio

*José G. Moreno de Alba falleció el pasado 2 de agosto. Reconociendo estudioso de la evolución de nuestro idioma y universitario a carta cabal, fue un humanista que supo hacer trascender los límites del uso de la lengua española. Los escritores Gonzalo Celorio y Vicente Quirarte recuerdan su legado y sus textos se ilustran con entrañables fotografías de Cecilia Gutiérrez Arriola.*

UNO

Qué doloroso poner en el título de estas líneas la frase *in memoriam* cuando todavía oigo el timbre exacto de su voz y veo el brillo inteligente y escéptico de su mirada y siento la calidez de su abrazo y escucho la risa que le producen sus propios sarcasmos; cuando aún mi espalda recoge sus consejos y el caballito de tequila que sostienen mis dedos brinda con el suyo. Cómo, tan pronto, reducir su imponente y fluida biografía a un currículum académico, a la importancia de su legado, a la continuidad de su sabiduría en los alumnos que formó. No me bastan ni me consuelan los lugares comunes de la ley de la vida, la oquedad que deja, el vacío irrellenable, los zapatos grandes.

Apenas hace una semana lo vi en su nueva casa de la colonia Florida, cuya amniótica biblioteca ya no pudo disfrutar, acostado en su cama, arropado por el cuidado diligente y el amor sereno de Cecilia, asistido por sus hijos Mauricio y Rodrigo, bendecido por sus nietos Priscila y Bruno —que acaba de llegar al mundo como emblema de la renovación de la estir-

pe—; concentrado virilmente en su dolor, pero lúcido y afectuoso.

Le hablé de los muchos saludos que le enviaban de España, donde yo había permanecido mes y medio alojado, gracias a su inveterada generosidad, en su apartamento de Madrid, durmiendo en su cama, comiendo en su mesa, escribiendo en su escritorio, metida mi ropa entre sus sacos y sus pantalones. Hubiera querido decirle que ejemplares de su último libro, *Notas de morfología dialectal*, que a instancias de Cecilia les llevé a José Manuel Blecua, a Víctor García de la Concha, a Ignacio Bosque, todavía dedicados por él aunque con una letra trémula y diminuta, habían sido recibidos con aprecio y admiración. Pero ya no le dije nada. Sentí que era un intruso en la soledad obligada de su dolor, y me despedí.

—¿Ya te vas, Gonzalo? —me alcanzó a decir, abriendo un solo ojo.

—Sí —le contesté, sabiendo que el que se iba era él y no yo. Y que se iba para siempre.

Aunque haya seguido paso a paso las miserias de su enfermedad, que arrostró con dignidad de centurión; aunque me haya despedido de él tres días antes de su

muerte; aunque haya estado en su sepelio y haya visto cómo cuatro empleados, fingidamente consternados, retiraron de la sala el ataúd, entre decenas de coronas de flores, para proceder a la cremación de su cuerpo, va a pasar mucho tiempo antes de que pueda asimilar su partida.

Quizás empiece a percatarme de que ha muerto cuando vea que no llega a la Comisión de Consultas de la Academia Mexicana de la Lengua y no haya a quién preguntarle si ese *porque* va junto o separado, o dónde la palabra *bolillo* asume el nombre de *birote*, o si realmente es más aconsejable decir, como recomiendan los editores, *la década de los sesenta* en singular que *la década de los sesentas* en plural, como él sostiene en una de sus *minucias del lenguaje*; cuando no tenga con quién reír ese chiste lingüístico o con quién disfrutar un *whisky* que aquí nunca escribiremos *güisqui* como quieren los académicos españoles por la sencilla razón de que así escrito, según lo convinimos Pepe y yo, pierde treinta grados

Gay-Lussac y sabe a limonada; cuando no pueda incluirlo más entre los invitados a mi cumpleaños o a la celebración de El Grito de la Independencia en la terraza de mi casa de las alturas de San Nicolás Totolapan; cuando no escuche su voz del otro lado del 55 63 64 45.

Es demasiado pronto para hablar en pretérito perfecto acerca del Investigador Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México, el doctor José G. Moreno de Alba; del académico de la lengua don José G., como siempre lo llamó José Luis Martínez; de mi queridísimo amigo Pepe. Pero a pesar de la cercanía y del dolor de su muerte, que me ofuscan, debo escribir esta nota, dedicada, ay, a su memoria.

Tal vez debería circunscribirme, en estas páginas que me solicitó Ignacio Solares para publicarlas en la *Revista de la Universidad de México*, a describir y ponderar el perfil académico de José G. Moreno de Alba. Pero, al hablar de su obra como investigador, profesor, divulgador del conocimiento lingüístico y directivo universi-



© Cecilia Gutiérrez

José G. Moreno de Alba en el Parador Oropesa, Toledo, 2005

tario, no puedo hacer caso omiso de otras facetas que completan su personalidad y que llegué a conocer y reconocer tras cuarenta y cinco años de colaboración y amistad sostenidas.

Fui alumno de José Moreno de Alba en los años aciagos y esperanzadores de 1968, cuando se desempeñaba como ayudante del doctor Juan M. Lope Blanch en el curso de Español Superior que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Nacional. Lope Blanch daba la clase teórica los lunes y los miércoles, y Moreno hacía los ejercicios de análisis gramatical los viernes. Los aplicaba con una precisión y una claridad tales que los entendían y disfrutaban hasta los jóvenes poetas —acérrimos detractores, por principio, de la gramática— que asistían a clase en calidad de alumnos regulares. Ahí conoció a mi compañera de banca, GUTIÉRREZ ARRIOLA Cecilia, según la nombraban los profesores al pasar la lista de asistencia, con quien años más tarde habría de casarse, es decir establecer una relación sintagmática, para formar una familia realmente paradigmática. Al año siguiente fui su compañero de trabajo (y también de desayuno), cuando ambos estábamos adscritos a sendos proyectos de investigación en El Colegio de México, sito entonces en el edificio marcado con el número 125 de la calle de Guanajuato de la colonia Roma, devastado tiempo después por los terremotos de 1985. Él trabajaba en el proyecto del *Atlas lingüístico de México* dirigido por Juan M. Lope Blanch y, grabadora Uher en mano, recorría la república, como sus compañeros, para detectar las variedades dialectales fonéticas, morfológicas, léxicas y sintácticas del español hablado en nuestro país y definir las *isoglosas*, esas fronteras lingüísticas intangibles de nombre misterioso que separan a los que aspiran las eses de quienes las pronuncian, o a quienes preguntan *¿ocupa pluma?* frente a los que dicen *¿necesita pluma?*, o a los que dicen *el mar* de los que, por ser hombres de mar, dicen, amorosamente, *la mar*; y yo, como bisoño ayudante de investigación en un proyecto de enseñanza de español a hablantes de lenguas indígenas adscrito al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de esa institución. Fui su colega en el Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca, afincado también en El Colegio de México, que dirigía Gloria Ruiz, esposa de Víctor Bravo Ahúja, el gobernador de aquella entidad que después fue titular de la Secretaría de Educación Pública en el sexenio de Luis Echeverría. Moreno era asesor de ese instituto y yo, “picapedrero”, según la terminología estamental con la que Lope Blanch clasificaba al personal académico de menor jerarquía. Años más tarde, fui su secretario de Extensión Académica cuando la Junta de Gobierno de la UNAM lo designó en 1980 director de la Facultad de Filosofía y Letras, a él, que si bien había estudiado en la Facultad y ahí ejercía la docencia por cuenta propia des-

de que dejó la ayudantía que le prestó a Lope Blanch temporalmente, procedía del apacible Instituto de Investigaciones Filológicas, fundado y dirigido entonces por nuestro maestro Rubén Bonifaz Nuño, y tuvo que enfrentarse a la complejidad académica, administrativa y política que la vida de una facultad como la de Filosofía y Letras entraña. Fui después, ¡quién lo diría!, su jefe, cuando el rector José Sarukhán me nombró coordinador de Difusión Cultural de la UNAM en 1989 y a él, director del Centro de Enseñanza para Extranjeros, una antigua escuela universitaria de fundación vasconcelista, anterior a la propia Facultad de Filosofía y Letras, que fue dirigida nada menos que por Pedro Henríquez Ureña, y en la que Moreno de Alba desempeñó un papel de trascendencia internacional. También lo invité a formar parte del comité editorial del Fondo de Cultura Económica cuando tuve el privilegio, ciertamente efímero, de dirigir esa institución, en la que él habría de perseverar hasta el fin de sus días, no sólo como autor de sus sumadas y multiplicadas *Minucias del lenguaje*, tan famosas y socorridas, y de obras cuyos títulos mismos apabullan, *El español en América* y *La lengua española en México*, sino como asesor de la prestigiosa colección Lengua y Estudios Literarios. Fui su colega en la Academia Mexicana de la Lengua, y, cuando él fue elegido director de esa institución en 2003 y hasta 2011, nuevamente su subordinado, como en rigor nunca dejé de serlo. Pero por encima de todo este *pin-pon* académico, fui su amigo: aprendiz constante de su sabiduría, interlocutor de su palabra, depositario de su confianza, cómplice de su sentido del humor —ácido y no siempre comprendido—, deudor de su generosidad y compañero de muchas andanzas, de muchas mesas —salvo las de *poker*, a las que él era muy afecto y yo no— y, más que de muchas mesas —redondas, ovales y cuadradas—, de muchas sobremesas, sesudas unas, jocosas otras, sabrosas todas.

Lo que más admiré de José Moreno de Alba fue su extraordinaria capacidad sintáctica, en el sentido metafórico y amplio de la palabra: el talento para combinar en la vida, sin conflicto, sin escisión, sin incongruencia, actitudes que en principio podrían considerarse discrepantes o incompatibles. La gestión administrativa en varias dependencias de la Universidad y la carrera estrictamente académica. El gusto por el canto gregoriano, que rastreó en conventos, monasterios y catedrales de media Europa, y la afición a la fiesta brava (quizás inseminada, como la del juego, en el ámbito de la Feria de San Marcos de su Aguascalientes natal), que lo llevó a comprar un pequeño piso en el convulso barrio de Malasaña de Madrid para poder asistir tranquilamente, además de a las reuniones académicas, a las corridas de toros de San Isidro. Los placeres dionisiacos de la mesa (era capaz de tomar un ferry en Buenos Aires y cruzar el Río

de la Plata para comer, aunque fuera solo, en un restaurante de Colonia en el Uruguay) y los apolíneos de las mesas redondas: si no era demasiado afecto a participar en actos públicos, fue capaz de organizar importantes encuentros académicos, como el magno Congreso Internacional sobre el Español de América en 1986 (cuyo cartel, alarde de un panhispanismo anticipado, era un naípe memorable, en el que de un lado figura, como reina de corazones, sor Juana Inés de la Cruz y, del otro, como rey de espadas, Miguel de Cervantes). La paz sedentaria de tres comidas al día y rutina dominical, y las aventuras del viaje: año con año él y su familia visitaban con gran regocijo y minuciosa planeación los lugares más ignotos del planeta. La flexibilidad con la que siempre consideró la norma lingüística, sin supeditarla a criterios de autoridad o de corrección purista, y la estricta observancia de los estatutos que rigen el funcionamiento de los cuerpos colegiados que presidió. El rigor científico de sus estudios, en los que toda hipótesis es comprobada con trabajo de campo y datos estadísticos, y los juegos de azar, porque José Moreno fue jugador; un rarísimo jugador que sabía contenerse y considerar, como lo sostuvo Julio Cortázar en cada uno de sus cuentos, que lo perdido en el juego es el justo pago por haber jugado. Igual que en la vida.

DOS

José G. Moreno de Alba cursó sus estudios de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, hizo su maestría en Letras y se doctoró en Lingüística Hispánica en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. No había obtenido todavía su licenciatura cuando se incorporó, como becario primero y como profesor e investigador inmediatamente después de haberse titulado, a nuestra Casa de Estudios, en la que desarrolló sus labores ininterrumpidamente y alcanzó los más altos reconocimientos que la Universidad otorga a los miembros de su planta académica: obtuvo el Premio Universidad Nacional en el campo de Investigación en Humanidades y fue designado Investigador Emérito de la UNAM, estatus, por cierto, que también le confirió el Sistema Nacional de Investigadores. En efecto, desde 1967 y hasta su muerte fue profesor de la Facultad de Filosofía y Letras e investigador del Centro de Lingüística Hispánica —del que fue cofundador y que andando el tiempo pasaría a formar parte del Instituto de Investigaciones Filológicas—. Moreno de Alba, además, cumplió eficazmente las muchas responsabilidades académico-administrativas que la Universidad le encomendó. Fue director de todas las modalidades académicas de la institución: de dos centros de extensión, el de Lenguas Extranjeras y el de Enseñanza para Extranjeros; de una facultad, la de Fi-

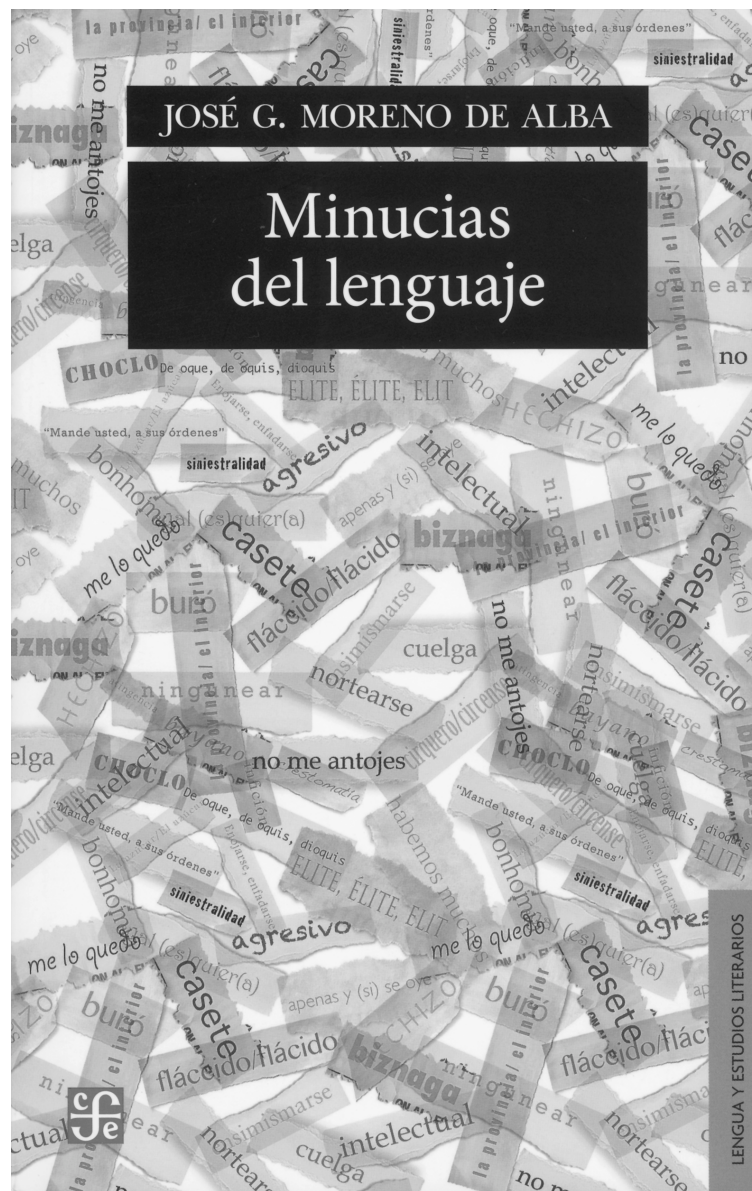
losofía y Letras, y de un instituto, el de Investigaciones Bibliográficas, al cual están adscritas la Biblioteca y la Hemeroteca Nacionales. Estas tareas, no siempre suficientemente valoradas y reconocidas —y a veces hasta estigmatizadas—, nunca fueron óbice de su trabajo académico, que cumplió con excelencia. También se dio tiempo para llevar a cabo de manera sistemática una importante labor de difusión cultural a través de sus famosas *Minucias del lenguaje*, que publicó en revistas periódicas y recogió en libros de utilísima consulta. Moreno de Alba, pues, supo cumplir ejemplarmente las tres funciones sustantivas que la ley orgánica le atribuye a la UNAM en su conjunto y a los miembros de su personal académico en lo particular: la docencia, la investigación y la extensión de la cultura.

Por su adscripción al Instituto de Investigaciones Filológicas; por su pertenencia al Sistema Nacional de Investigadores, y, sobre todo, por la fecundidad y el rigor de sus estudios lingüísticos y filológicos, Moreno de Alba fue fundamentalmente un investigador, y como tal fue reconocido por sus pares y por las instituciones nacionales que tienen la potestad de evaluar el desempeño académico. A lo largo de los años, construyó una obra sólida y sobresaliente, valorada en nuestro país y fuera de él, que ha contribuido de manera significativa a la descripción científica de la lengua española, especialmente en lo que se refiere a sus modalidades americana en general y mexicana en particular. Sus estudios atendieron tres niveles de descripción lingüística: su historia, su gramática y su dialectología, esto es, sus variantes en el territorio nacional. Entre los años de 1967 y 1980 trabajó, levantando encuestas en todo el país y procesando cartográficamente los datos obtenidos, en la elaboración del *Atlas lingüístico de México*, que es, hasta ahora, el repositorio más extenso de los rasgos lingüísticos (fonéticos, gramaticales y léxicos) del español hablado en México. Sobre el español mexicano y el español capitalino, publicó varios libros y numerosos artículos, y presentó las ponencias del caso en múltiples congresos nacionales e internacionales. Además de las líneas de investigación ya mencionadas, hay que destacar su interés en uno de los aspectos más complejos —y por eso menos estudiado— de la lengua española, su sintaxis histórica, y las aportaciones que hizo en este campo, especialmente las referidas a la evolución de los valores de los tiempos verbales entre los siglos XII y XX, así como la historia de los sintagmas completivos del nombre durante el mismo dilatado periodo.

Pero Moreno de Alba siempre supo que con la sola labor de investigación, así ésta poseyera los timbres de la excelencia, no bastaba para cumplir a cabalidad las obligaciones que la Universidad exige a sus investigadores. Estaba convencido de que la generación de conocimiento debe incidir en la comunidad académica y,



sobre todo, en la formación de las nuevas generaciones a través de la docencia, que él ejerció con admirable entrega. Si bien es cierto que su enseñanza en el campo de la dialectología se concentró en los seminarios que dirigió y en las numerosas tesis que asesoró en el posgrado de Lingüística Hispánica, no dejó de dar clases en la licenciatura, donde impartió, durante décadas, los cursos de Español Superior, Filología Hispánica y Lingüística Española e Hispanoamericana a los estudiantes de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas. A lo largo de los años dedicados a la docencia, cientos de estudiantes recibieron las enseñanzas de su magisterio, muchos de los cuales, siguiendo sus pasos, se dedicaron a la investigación en los campos de la filología y la lingüística. Y no sólo en nuestra Casa de Estudios, sino allende nuestras fronteras nacionales, pues Moreno de Alba fue profesor invitado de prestigiosas universidades de Europa y de Estados Unidos de América.



por un lado, y el respeto a sus variedades locales, por otro, expuesto por Moreno de Alba en su discurso de ingreso, sigue siendo, en esencia, el que ha animado los más enjundiosos trabajos de las veintidós academias de la lengua española.

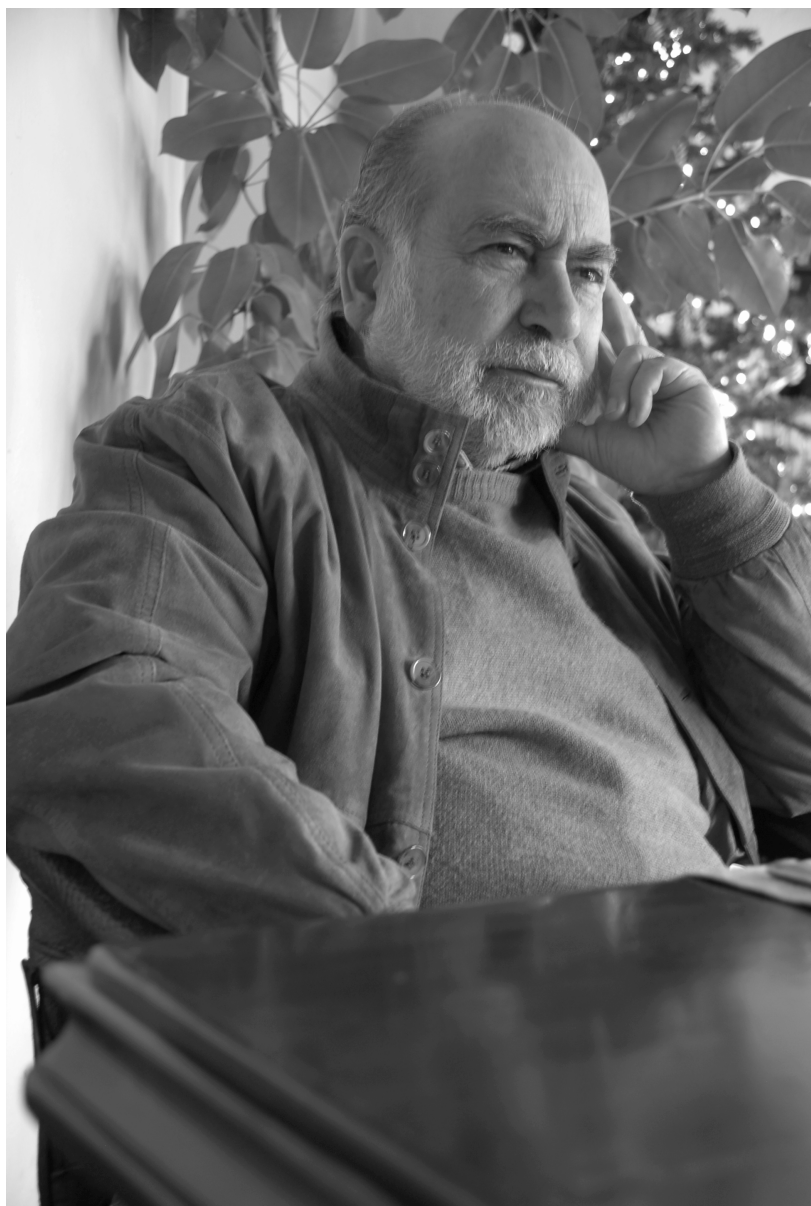
En ese cónclave de escritores, filólogos, historiadores, políglotas, juristas, filósofos, científicos que es la Academia, destacó, desde entonces, la presencia de un lingüista —el primero que se incorporó a la institución— dedicado a la dialectología y en especial al español en América y, más particularmente aún, al español que se habla en nuestro país y que Moreno de Alba había venido estudiando de tiempo atrás, cuando colaboró en el *Atlas lingüístico de México*.

Es de señalarse que el crédito editorial que comparten la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española en las obras de carácter lingüístico publicadas últimamente —la 22ª. edición del *Diccionario de la lengua española* (2001), el *Diccionario panhispánico de dudas* (2005), la *Nueva gramática de la lengua española* (2009), el *Diccionario de americanismos*

(2010) y la *Ortografía de la lengua española* (2010)— no es una concesión graciosa que hace la institución española, en su condición de hermana mayor, a las otras veintiún academias, sino el justo reconocimiento a un trabajo interinstitucional. La Academia Mexicana de la Lengua participó decididamente en la elaboración de estas obras. Enriqueció, como lo había hecho en sus ediciones anteriores, el *Diccionario de la lengua española* con la inclusión de numerosos mexicanismos y también, dicho sea de paso, con la consideración, todavía no cumplida a cabalidad, de que las voces y las acepciones que sólo tienen vigencia en la península ibérica sean marcadas como *españolismos*; auspició que el *Diccionario panhispánico de dudas* asumiera como correctos, en buena medida gracias al doble concepto de norma —como uso frecuente y como regla gramatical— que Moreno de Alba planteó en repetidas ocasiones, los peculiares usos lingüísticos de la norma culta mexicana; trabajó intensamente en la configuración de la *Nueva gramática*, que incluye, por supuesto, las modalidades fonéticas, morfológicas y sintácticas del país que cuenta con el mayor número de hablantes; participó con numerosas aportaciones y revisiones de voces propias del español de México en la elaboración del *Diccionario de americanismos*, y actuó a favor del consenso de todas las academias para que finalmente se publicara la *Ortografía*, en la que por primera vez se justifica la regla con razonamientos gramaticales e históricos. Pues bien, en todas estas obras la participación de Moreno de Alba fue determinante. Decían en el ámbito de la Asociación de Academias de la Lengua Española que cada vez que había alguna discusión a propósito de la aceptación de tal o cual palabra o acepción o giro gramatical, Moreno, para avalarlos o rechazarlos, echaba por delante a los más de cien millones de mexicanos que, según el caso, los usaban o no los usaban. Efectivamente, con la representación simbólica de la cuarta parte de los hablantes de español, participó de manera asaz empeñosa en la elaboración de estas obras. Fue el coordinador de una de las ocho áreas, la de México y Centroamérica, en las que se dividió la geografía de nuestra lengua para integrar el *Diccionario panhispánico de dudas*; perteneció a la comisión interacadémica que hizo posible la articulación de la *Nueva gramática de la lengua española* y logró, en México, el consenso final para la publicación de la *Ortografía*.

Por lo que hace a los trabajos internos de la Academia, la presencia de un lingüista, secundada posteriormente con la afortunada incorporación de Concepción Company, fue de gran utilidad. El conocimiento y la experiencia de Moreno de Alba fueron fundamentales, por ejemplo, en el diseño metodológico para integrar el *Índice de mexicanismos*, que fue la base para que la Comisión de Lexicografía de la Academia, presidida por Concepción Company, cumpliera sus tareas sus-

© Cecilia Gutiérrez



En San Miguel de Allende, 2010

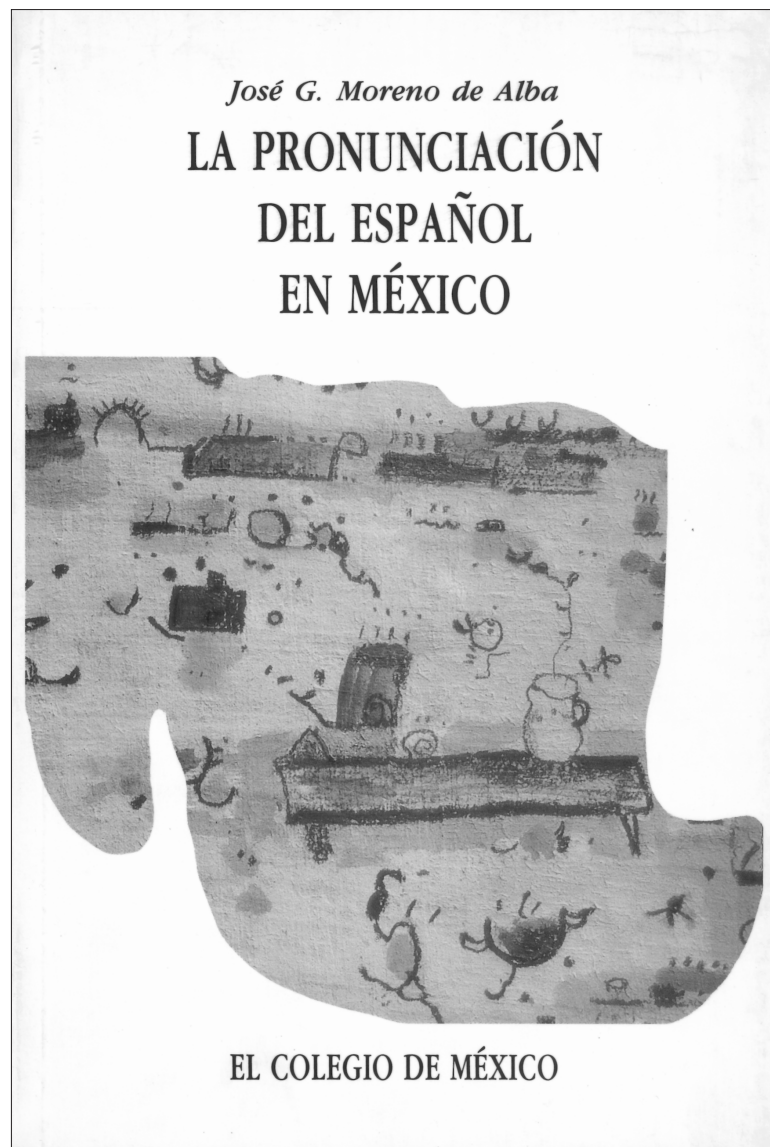


tantivas, entre las que destacan la elaboración del *Diccionario de mexicanismos* (2010) y la incorporación de voces o acepciones mexicanas tanto en el DRAE como en el *Diccionario de americanismos*.

A lo largo de los treinta y cinco años que sirvió a la Academia, Moreno de Alba aportó sus conocimientos para que la institución pudiera realizar las funciones lingüísticas que le son inherentes y prioritarias. Además, fue censor estatutario de la institución de 1992 a 2000 y bibliotecario-archivero de 2000 a 2003, año éste en que, por unanimidad, fue elegido director, cargo para el que fue reelegido, por aclamación, en 2007 y en el que permaneció hasta 2011.

Al frente de la Academia, Moreno de Alba incrementó los vínculos con la Real Academia Española y con la Asociación de Academias de la Lengua Española, gracias a los cuales nuestra institución pudo desempeñar un papel destacado en la elaboración de las obras conjuntas a las que ya he hecho referencia y de otras de carácter filológico, como las ediciones conmemorativas del *Quijote*, *Cien años de soledad* y *La región más transparente*, que cuentan con estudios críticos de académicos mexicanos. Asimismo, pugnó por que la Academia tuviera una mayor injerencia en la sociedad mexicana, sobre todo en el tema capital de la enseñanza de la lengua española en el sistema educativo nacional. La Academia elaboró, con su participación directa y la de Felipe Garrido, el *Diccionario escolar de la lengua española* para los alumnos de primaria y de secundaria; asesoró a los responsables de los materiales didácticos del área de español de la enseñanza media básica y estableció estrechas relaciones con la Secretaría de Educación Pública para contribuir a corregir las graves deficiencias educativas que padece el país en lo que se refiere al conocimiento de la lengua. Otro ejemplo del servicio que la Academia presta a la sociedad fue la integración de la Comisión de Consultas, instalada por Moreno de Alba, que tiene la responsabilidad de contestar las numerosas preguntas que diariamente llegan a la institución. Buena parte de ellas, por cierto, encuentran respuesta en las *minucias del lenguaje* de Moreno de Alba.

En alguna ocasión, cuando se celebraba en Valladolid el II Congreso Internacional de la Lengua Española en 2001, me atreví a decirle a don Víctor García de la Concha que gracias a su pujante administración, la institución que él dirigía había pasado de ser la Real Academia a ser la Academia real, esto es, una institución moderna, estrechamente vinculada con la sociedad y altamente productiva, que había desmentido en los hechos la imagen atávica que se cernía sobre ella: un cónclave de viejecitos empeñados en mantener en estado de pureza una lengua de la que se sentían sus exclusivos propietarios. Pues bien, con la presencia de Moreno de Alba en la institución y, sobre todo, durante el tiempo que ejerció la



dirección, la Academia Mexicana de la Lengua correspondió al impulso adquirido por la Real Academia Española, con la cual ya no mantiene una relación filial, sino fraternal; participó con empeño, como ya lo dije, en la elaboración de obras conjuntas de gran resonancia y utilidad, y fortaleció e incrementó el trabajo de sus dos comisiones, la de lexicografía y la de consultas, a las que ahora, bajo la dirección de Jaime Labastida, se han sumado otras tres, la de enlace, que articula la vinculación con los académicos correspondientes en la república y en el extranjero; la editorial y la de comunicación, informática y sitio electrónico.

Hoy por hoy, la Academia Mexicana de la Lengua es una institución activa y moderna, permeable a la sociedad que reclama su sabiduría; orgullosa de su secular tradición y abierta a los nuevos tiempos; celosa del riquísimo patrimonio verbal de nuestra lengua y sensible a sus transformaciones; defensora de la unidad del español y respetuosa de las modalidades lingüísticas propias de nuestro país y de nuestra cultura. Tales condiciones se deben, en muy alta medida, al esfuerzo, el talento, la sabiduría y la entrega de José G. Moreno de Alba.